

AVENTURAS ARCHIVÍSTICAS EN MÉXICO

ARCHIVAL ADVENTURES IN MEXICO

ANNE FOLGER STAPLES DEAN | Pesquisadora do Centro de Estudios Históricos do Colegio de México, e doutora em História pelo Colegio de México.

RESUMO

Experiências de uma pesquisadora em busca de fontes para suas pesquisas em diferentes regiões do México. Deparando-se com arquivos e documentos em condições precárias de conservação, acesso e pesquisa, a autora menciona a variedade de fontes de que lançou mão, orais e escritas, manuscritas e impressas, públicas e privadas, locais, regionais e nacionais. São citados arquivos de prefeituras, arquivos de cartórios, bibliotecas, arquivos estaduais e o *Archivo General de la Nación*, entre outros. A despeito das adversidades, essas experiências lhe permitiram uma produção acadêmica significativa relativa à história do México.

Palavras-chave: história do México; fontes de pesquisa; México – arquivos.

ABSTRACT

Experiences of a researcher looking for sources for her research in different regions of Mexico. Faced with archives and documents in bad conditions of conservation, access and research, the author mentions the variety of sources that was used, among them oral sources and written records, either manuscripts or printed ones, public and private, local, regional and national. Archives of prefectures, notary archives, libraries, regional archives and the *Archivo General de la Nación* (National Archives of Mexico), among others are cited. Despite the adversities, these experiences allowed her a significant academic research on the history of Mexico.

Keywords: history of Mexico; sources of research; Mexico – archives.

RESUMÉN

Experiencias de una investigadora en busca de fuentes para sus investigaciones en diferentes regiones de México. Frente a los archivos y documentos en mal estado de conservación, de acceso e investigación, la autora menciona la variedad de fuentes de que se utilizó, orales y escritas, manuscritas e impresas, públicas y privadas, locales, regionales y nacionales. Se citan los archivos de prefecturas, los archivos notariales, bibliotecas, archivos estatales y el Archivo General de la Nación, entre otros. Superando las adversidades, esas experiencias le permitieron una importante producción académica sobre la historia de México.

Palabras clave: historia de México; fuentes de investigación; México – archivos.

Hoy en día encender la computadora y buscar la página adecuada pone, frente al investigador, una plétora de documentos, periódicos y libros. Más no siempre fue así.

A principios de la década de los años noventa, hace no tanto tiempo, se me ofreció buscar datos relacionados con la antigua Provincia de la Plata, como se llamó de manera no oficial a la primera región productora de plata de la Nueva España, constituida por los reales mineros de Zacualpan, Tejupilco, Sultepec y Temascaltepec, ubicados en el Estado de México. Después de haber buscado en los archivos notariales correspondientes (que no tenían documentación, o era muy escasa), rastrear posible información en los archivos nacionales, visitar las presidencias municipales y hablar con los cronistas locales, hallé el antiguo Archivo Judicial del Estado de México en un barrio suburbano de Toluca, su capital, llamado San Lorenzo Tepatlán. Allí se ubicaba una inmensa bodega que ocupaba una manzana entera. Adentro se guardaban los artefactos que habían sido utilizados en todo tipo de crímenes. Estaba la cama de la adúltera, el cuchillo ensangrentado del asesino, la olla desde la cual se derramó agua hirviente sobre una pobre criatura, la bicicleta que había atropellado a un peatón desprevenido. La cantidad de objetos era inimaginable, así como la historia detrás de cada uno de ellos.

¿Qué hacía yo allí, se preguntará el lector? Las paredes de esta tétrica bodega estaban forradas, hasta el nivel del primer piso, con estanterías. A un lado, había miles de números del *Boletín Oficial de la Nación*, un esfuerzo inútil por conservar una publicación que abunda en las bibliotecas de cada estado y, a lo mejor, de cada despacho de abogado. Sobre las otras paredes, en el mayor desorden, había paquetes amontonados sin etiquetas, pertenecientes a los antiguos tribunales de justicia del Estado. Encima de ellos, donde se terminaba la estantería, había otros tantos paquetes en frágil equilibrio amontonado hasta el techo. Se mantenían en su lugar gracias a cuerdas cruzadas que no evitaban que uno, al pararse junto a ellos y ver hacia arriba, pensara que al menor temblor se estrellarían contra el suelo.

La división entre objetos y papel no era tajante. En medio de tantos objetos, los vigilantes habían dejado pequeños caminos para poder transitar dentro de ese mundo delictivo. Pero como los paquetes no estaban bien amarrados, los papeles iban cayendo y terminaban en estos pasillos, donde al caminar, los documentos de algún siglo pasado inevitablemente acababan pisoteados. Dependía del azar y de las leyes de la física, que un paquete mantuviera su integridad mientras que el de a lado se venía abajo.

Enfrentarse a ese caos, que además estaba bañado por una gruesa capa de polvo, le animaba a uno a dar la vuelta y a salir por donde había entrado. No había ninguna manera de saber qué contenía cada paquete, ni por dónde empezar. Era el momento de usar un método no enseñado formalmente a los historiadores, la intuición. Funciona así: se queda uno muy quieto, viendo fijamente los paquetes, sin pensar en nada, hasta que un sentimiento se le apodera a uno que indica la posibilidad de encontrar algo... allí. Sí, ese paquete en la esquina, sobre una tarima, junto a otra docena más. Al examinar con mayor cuidado mi selección, el encargado lo levantó, hizo a un lado el ratón muerto y disecado que estaba debajo, retiró cierto porcentaje del polvo y me lo puso sobre la mesa del director del antiguo archivo, el único lugar donde se podía trabajar. En eso se retiraron el vigilante y el director, dejándome

sola en medio de historias demasiado dramáticas para poderlas contar. Cuál sería mi alegría al descubrir que la intuición me había descubierto un expediente justamente acerca de uno de mis reales mineros, un caso interesante de robos y traiciones. Solamente pasé un día de gran provecho en este archivo. Las condiciones higiénicas eran tales que cambié de ropa tan pronto como regresé a mi coche. Opté por esperar mejores tiempos. Ahora, según parece, este archivo está resguardado en un edificio apropiado con las condiciones necesarias para el trabajo del investigador.

Algunos años antes de esta aventura, llevé un grupo de estudiantes a una práctica de rescate. Supe que el Archivo General del Estado de Veracruz, que no merecía ese nombre, había sido trasladado desde el Parque Juárez en Xalapa a una bodega de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas durante la celebración del año nuevo, cuando nadie podría darse cuenta, para llevar a cabo la construcción del Ágora, un café-centro cultural en el lugar. Armada con costales y palas, mi dirigí con los estudiantes al predio que me habían indicado, en las afueras de Xalapa. No tenía permiso de entrar en los patios de maniobras de la Secretaría y sabía que no me lo darían aun si lo solicitaba. Consciente del allanamiento de propiedad oficial que estaba a punto de cometer, me metí con los estudiantes, encontramos la bodega, que no era más que un cuarto pre construido rodeado de pasto y observamos la escena: el cuarto estaba cerrado con llave pero con las ventanas abiertas, las de un costado y las de enfrente.

Una característica del clima en Xalapa son los nortes, tempestades que llegan del Golfo de México acompañadas de fuertes vientos, lluvias y bajas temperaturas. Esos vientos entraban por las ventanas abiertas del cuarto y hacían un remolino adentro. El vigilante había recibido la orden de mantener barrido el piso y como éste se cubría de papeles viejos cada vez que había un norte, abría la puerta del cuarto y sacaba al patio los papeles que habían caído. Como no pudimos entrar, observé el pasto y me di cuenta que había capas y capas de papeles viejos, cubiertos de vegetación (por el clima tropical de Xalapa) que resultaba un excelente hogar para gusanos, ciempiés y otros insectos que sólo un biólogo podía identificar. Las gallinas habitantes de ese predio, los habían descubierto hace tiempo y al rascar la tierra, descubrían la estratigrafía del tesoro archivístico bajo la superficie. De modo que los remanentes del Archivo Histórico del Estado de Veracruz tenían dos departamentos, uno arriba en un cuarto y otro bajo tierra.

Con palos y uñas, levantamos unos centímetros de pasto y tierra, y luego capa tras capa de documentos oficiales, cuentas, cartas, telegramas e informes. Los guardamos en costales de ixtle, los llevamos al Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Veracruzana, donde los extendimos sobre el piso de los balcones del edificio como si fueran granos verdes de café (que se secan al sol de esta manera), vigilados para que no volaran con el aire, los acomodamos por tema en orden cronológico en paquetes envueltos en papel de estraza, debidamente etiquetados y los entregamos a la Biblioteca Central de la misma universidad. Un estudiante sufrió la picadura de un insecto desalojado de su lugar de residencia dentro de los documentos, otro sufrió una insolación, pero todos aprendieron algo: a lo que puede llegar el descuido de la herencia histórica y los extremos a que hay que llegar para recuperarla.

El asunto tuvo un final feliz. Al poco tiempo, el Estado consiguió una bodega en no muy buen estado, pero con una activa e inteligente directora, que salvó todo lo que podía del antiguo archivo y localizó muchos documentos más, de modo que el actual Archivo General del Estado de Veracruz es un importante instrumento de trabajo para los investigadores.

Un exceso de iniciativa es uno de los enemigos más peligrosos de los archivos. Un día, el presidente municipal del pueblo ribereño de Tlacotalpan decidió que los papeles viejos y húmedos resguardados bajo la escalera de la presidencia estorbaban y que su mejor lugar era la basura. En aquel entonces, la basura se echaba al río Papaloapan. Después de llenar dos o tres camiones de volteo y tirar su contenido al río, alguien le sugirió al funcionario consultar con algún historiador, por si acaso valía la pena ver los papeles antes de destruirlos. Eran nada menos que el archivo histórico del pueblo. Cuando pudimos intervenir, dos tercios del archivo virreinal se habían desecho en la corriente del agua. Trabajamos día y noche, organizando los papeles en paquetes, dándonos cuenta de su contenido. Los mosquitos, atraídos por el calor del foco que iluminaba nuestra mesa de trabajo, eran tan terribles en la noche, que no había más que echarles humo de cigarro. De allí salió un número dedicado al pueblo en el *Anuario* del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Veracruzana.

No fueron únicamente los papeles viejos los que sufrieron una muerte acuática. En un clásico caso de resultados no intencionados, en la década de los años ochenta, la Secretaría de Educación Pública mandó a todas las bibliotecas públicas de México una dotación de unos 3.000 libros cada una (si no estoy mal informada), allí en la década de los 1980. Tlacotalpan tenía fama de ser un pueblo culto. Una famosa poetisa, Josefa Murillo, nació y vivió allí. Su biblioteca municipal, con un acervo que databa del siglo XIX o antes, estaba bien provista. Pero la bibliotecaria, al ver los libros nuevos, ordenó a su subalterna echar al río los viejos que ya no iban a servir. Ésta, más sensata, los guardó en un cuarto alejado de la sala de lectura, con cuidado limpiaba cada uno y le ponía una nueva cubierta, y los integraba a su lugar correspondiente entre los libros de la colección nueva. La bibliotecaria jefe, al darse cuenta de la desobediencia, entró en cólera e insistió en que se deshiciera de los viejos. Así se acabó la biblioteca antigua de Tlacotalpan. Ojalá que los viejos ejemplares hayan quedado en casa de los habitantes y no en el estómago de los animales acuáticos.

Los archivos bien organizados y manejados profesionalmente en México van en aumento. Ya son menos aquellos en los que hay que saber cuáles son los chocolates que le gustan a la señorita encargada o la marca preferida de brandy para el señor director. Ya las autoridades no manejan los archivos de tal manera que se consulten lo menos posible. Afortunadamente, quedan en el lejano pasado experiencias como la mía en la Biblioteca Palafoxiana de Puebla, donde la directora me negó el permiso de ver siquiera una copia mecanografiada del catálogo, por miedo de que le hiciera algo (me supongo). Pero en comparación con el daño que le hacía la afanadora que trapeaba el piso de la Biblioteca, salpicando los libreros con agua sucia al tiempo que comía un elote hervido, la preocupación de la encargada por mi potencial destructor me pareció muy fuera de lugar.

Muchos historiadores podrían estar de acuerdo con la opinión de que es mucho más emocionante estudiar y analizar los documentos de archivo, gozando de descubrimientos,

atando cabos sueltos, juntando las piezas de un rompecabezas, que sentarse a redactar, sin duda un trabajo más duro. A veces, el solo llegar hasta el archivo es una aventura. Para consultar el Archivo Municipal de Zacualpan, Estado de México, ubicado a 164 kilómetros de la Ciudad de México, había que manejar unas tres horas por caminos buenos y otros sinuosos, en los que rara vez se veía a una mujer al volante. Resolví este posible inconveniente inventando un compañero de viaje. La iluminación es casi siempre inadecuada en los archivos así que decidí llevarme en el coche una lámpara de piso. Lo coloqué en el asiento del copiloto, le puse un sombrero vaquero y, con ese varón a mi lado, nadie me molestó, ni de ida ni de regreso.

Los papeles que se pueden consultar en este archivo incluyen la lista de los mineros matriculados en 1870 en la Diputación Territorial de Minería de Zacualpan, cuyos nombres pude comparar con los de los años anteriores a la guerra de Independencia. Fue una grata sorpresa constatar la presencia de las mismas familias a lo largo de cien años antes y otros cien años después, al conocer a algunos habitantes actuales de la zona. La permanencia de las familias mineras matizaba la vieja idea de una fuerte migración de un real a otro, según las bonanzas. Sin duda la fuerza de trabajo emigraba pero quedaba un núcleo de personas, comerciantes o dueños de minas, que sobrevivían las épocas de borrascas, además de disfrutar de los años de “vacas gordas”.

La vida de un historiador está salpicada de incidentes deleitosos pero también penosos. Cuando llevaba a cabo la investigación para un libro sobre la minería en el Estado de México, tuve la suerte de ponerme en contacto con una descendiente de la familia Alas. Manuel Alas, un antiguo abogado minero que vivió en la segunda mitad del siglo XIX, había dejado a sus familiares un diario de trabajo, misma que Lucía, su nieta, una señorita ya de edad avanzada cuando la conocí, aún conservaba. Con gusto me prestó el diario para fotocopiarlo y de esa fuente pude sacar la información para casi un capítulo completo del libro. El diario reseñaba los pleitos entre mineros y desde luego hablaba mal de algunos contrincantes o incluso clientes que no cumplían con los requisitos burocráticos, que no manejaban adecuadamente sus inversiones o no sabían del negocio minero y arruinaban las fortunas largamente acumuladas. Toda esta información la incluí en el libro. Envié el libro, como había prometido, a la señorita Lucía, quien me contestó con una carta tan dura que no quise guardarla. Me reprimaba haber sacado a luz los pecadillos de familias cuyos descendientes todavía radicaban en Toluca, donde ella vivía. Falleció al poco tiempo, así que dudo que los descendientes le hubieran reclamado la indiscreción. De todas maneras, me dejó un mal sabor de boca haber traicionado la confianza (según ella) que me tuvo.

La información acerca de las actividades del abogado Manuel Alas se pudo complementar con los papeles del Archivo de Mariano Riva Palacio. Existen varias micropelículas de este archivo en la Ciudad de México pero la letra es tal difícil de leer que opté por consultar los originales en la Nettie Lee Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas en Austin. Es uno de los archivos mejor catalogados, con índices temáticos, cronológicos, onomásticos y geográficos. Nada más fácil que ubicar los documentos referentes a Manuel Alas, personaje que obviamente tuvo que ver con Riva Palacio cuando éste fue gobernador

del Estado de México, y durante los años subsecuentes. Efectivamente, pude cruzar los datos entre el diario de trabajo de Alas y las cartas de Riva Palacio en cuanto al establecimiento de una Sociedad de Mineros, fundada en 1872.

Para un tema como la minería, nada mejor que el Archivo Histórico del Palacio de Minería de la Ciudad de México, manejado con eficiencia por la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México. Allí pude encontrar los oficios enviados desde varios reales mineros al Tribunal de Minería, antes de la independencia, relacionados con la elección de diputados representantes de las diputaciones territoriales. Este mismo archivo también resguarda información acerca de los reales inmediatamente después de la independencia. Sus acervos me proporcionaron los datos suficientes para presentar un trabajo en la Universidad de Calgary, Alberta, Canadá, sobre la continuidad de los españoles al frente de la minería tanto antes como después de la guerra, aunque en algunos casos, como el de Taxco, todos fueron fusilados por las tropas rebeldes a la corona.

El Archivo Histórico del Estado de México fue la fuente principal para el libro que comentamos, *Bonanzas y borrascas mineras. El Estado de México, 1821-1876*. Después de innumerables viajes desde la Ciudad de México a Toluca, y con la ayuda de varias investigadoras jóvenes, pude terminar de revisar un enorme ramo no clasificado titulado “Transferencias”, que constaba de unas 5.000 cajas. Era cuestión de revisar las cajas que por intuición parecería tener algún documento relacionado con mi investigación. Por ejemplo, encontraba allí denuncios de minas y oficios acerca de la explotación de una mina en pleito. Muy contenta de haber cumplido mi meta durante un solo año sabático, me frustró la noticia, recibida tiempo después, de la existencia de muchísimas cajas más, todas sin catalogar, que se resguardaban en otro archivo de la ciudad. Hasta la fecha no les he podido revisar.

Desde hace década de los años setenta se empezaron a publicar artículos en revistas especializadas (como *Historia Mexicana*) acerca de los archivos notariales. Entre los primeros están los de Jan Bazant, relacionados con Puebla y Zacatecas. También de esta época data el comienzo de un gran proyecto para digitalizar los índices de protocolos de las notarías de la Ciudad de México. La Universidad Nacional Autónoma de México tiene en curso un proyecto para digitalizar los protocolos del siglo XVI. El Colegio de México, bajo la dirección de Pilar Gonzalbo Aizpuru, ha podido subir a la red todos los protocolos de 1821 a 1860. Están publicados en papel los años de 1861 a 1875. Es una mina de información para los historiadores, en parte porque no cubren únicamente la ciudad capital del país, sino que muchos hombres de negocio o familias radicaban en la capital y acudían al notario en ese lugar, aunque sus negocios estuvieran en otra parte de la república. Así fue el caso con las minas que estudiaba yo en el Estado de México. Pude recabar una enorme cantidad de información con sólo ver los índices de protocolos de propiedades mineras de la provincia de la plata. En algunos casos ameritaba una revisión más a fondo del documento en el Archivo General de Notarías de la Ciudad de México, de no muy fácil acceso. En aquel entonces (hasta los años 2000) se ubicaba en la Candelaria de los Patos, rumbo no muy recomendable de noche y cuestionable hasta de día. La odisea para llegar hasta allí siempre se veía recompensado por la riqueza documental; actualmente el Archivo, que cambió ligeramente de nombre, se encuentra en

un antiguo convento carmelita ubicado enfrente de la Alameda Central, sobre la calle de Juárez. Sigue siendo de difícil acceso, pero ahora por la tramitología para su consulta, ya no por su ubicación.

El Archivo de Notarías contiene una amplia variedad de testamentos, cartas poder, contratos de compra-venta, reconocimiento de deudas, formación de compañías y otros temas relacionados con la minería. Como no hay mucha documentación para las épocas tempranas de la vida del Estado de México, los protocolos de la Ciudad de México pudieron subsanar esta deficiencia.

No soy la única investigadora que se ha topado con archivos en peligro o peligrosos por ser una amenaza a la salud por los hongos producidos en el guano de pájaros o residentes en los polvos finísimos que se alojan permanentemente en los pulmones de las personas que manipulan los documentos. Otros archivos han sido de difícil acceso y como se ve en un relato recientemente publicado, después de su rescate, han sido cerrados a los mismos investigadores que los han salvado. Mi colega Bernardo García Martínez recordó, en un homenaje al historiador español José Miranda, cómo éste llevó a un grupo de estudiantes a Puebla para salvar de una fábrica de papel, la cual devoraba documentos históricos, al Archivo Judicial de Puebla. Contó Bernardo que

El Archivo Judicial de Puebla estaba siendo vendido o a punto de ser vendido como papel, y había que rescatarlo a como diera lugar [...] todo ello estaba [...] cubierto de polvo [...] El caso es que entre José Miranda y Antonio Pompa y Pompa elaboraron un esquema para extraer el archivo de ese lugar y llevarlo a un local bajo jurisdicción federal, cual era la Casa de los Hermanos Serdán, donde estaría a salvo de los fabricantes de cartón [...] Desde luego, la operación era ilegal – digamos que ‘irregular’ – y debía hacerse encubierta y rápidamente, con la seguridad de que los guardianes del lugar mirarían para otro lado [...] El archivo se mantuvo, supuestamente, ‘en catalogación’ durante largos años durante los cuales nadie lo pudo consultar. Misterios de la política local (Martínez, 2012, p. 9-11).

Y de la burocracia, tanto de archivos como de bibliotecas, consideran que su deber primordial es resguardar los documentos y muy en segundo lugar, hacerlos accesibles a los investigadores.

Otro capítulo en la vida de un investigador, por lo menos de la mía y de mis colegas, es la oportunidad de trabajar un tema, gracias al ofrecimiento de un archivo. Debido a cierta coyuntura política, a las autoridades de la Ciudad de México se les interesó encargar una serie de libros sobre la historia de esta entidad. La zanahoria irresistible fue un acceso libre y fácil, sin trámites engorrosos, al Archivo Histórico del Ayuntamiento de la Ciudad de México. Era un ofrecimiento que no pudimos resistir. Armados con el beneplácito del director del Archivo, unos ayudantes con mucha vocación y un plazo perentorio para la entrega, nos lanzamos a la recopilación de informes, quejas, estadísticas, dibujos, mapas, muestras de caligrafía, textos, leyes, decretos, circulares y bandos, fotografías y todo lo

que nos pudiera proporcionar el Archivo. Al año exacto entregamos la *Historia de la educación en la Ciudad de México*, que constituye un primer esfuerzo (bien logrado, pienso yo) por analizar y describir la educación desde tiempos prehispánicos hasta el presente. Desde luego que se podía haber redactado un tomo por cada capítulo del libro, a recurrir a fuentes más amplias, sobre todo para las secciones correspondientes a los siglos XIX y XX. Faltó ver hemerografía, correspondencia de maestros y de padres de familia, plataformas políticas, relaciones del sindicato y la Secretaría de Educación Pública, por sólo nombrar unos tópicos. Pero nuestro libro, basado en gran parte en fuentes inéditas del Archivo del Ayuntamiento, constituye una aportación importante al conocimiento de la vida institucional y cotidiana en la gran capital.

Uno de los mayores depósitos documentales de México es el Archivo General de la Nación. Tuve la suerte de seguirle en su peregrinar desde una esquina de Palacio Nacional, cerca del antiguo Jardín Botánico, institución ilustrada por naturaleza, diezmada por la última virreina que decidió arrancar los árboles para sembrar naranjas (según cuentan); a el Palacio de Comunicaciones, edificado por el presidente Porfirio Díaz como parte de las celebraciones del Centenario de la Independencia (donde escuchaba, desde el cuarto piso, a los organillos con sus melodías alegres, ubicados en la plaza frente al edificio); al tenebroso Palacio de Lecumberri, penitenciaria modelo, también edificado por mandato de Díaz pero convertido en infierno para los presos desde su inauguración hasta su clausura. Las malas vibraciones penetradas en sus paredes hacía de la experiencia de trabajar en las antiguas crujías una de continua reflexión acerca del dolor humano. Me costó muchas visitas para vencer, finalmente, el horror de acercarme a sus muros ensangrentados, encalados de cal purísima que no alcanzaba a lavar las lágrimas y la sangre, como a Macbeth la nieve no le sirvió para lavar la sangre que manchaba sus manos y su conciencia. Los ramos del Archivo General de la Nación me dieron material tanto para la tesis doctoral, *La cola del diablo en la vida conventual*, como para un libro que tardó 30 años en terminarse, *Recuento de una batalla inconclusa: la educación mexicana de Iturbide a Juárez*.

En el primer caso, los documentos incautados a la iglesia durante los años de la reforma (1856-1860) fueron a dar al Archivo General, a un ramo titulado Bienes Nacionales. Allí encontré las cuentas que manejaban la monja contadora y el mayordomo de cada convento, las glosas del arzobispado, correspondencia y un mundo de información acerca de la vida conventual. Entre otros documentos fascinantes, encontré el borrador de un acta levantado a raíz de la visita a un convento queretano de un vicario de monjas (el funcionario del arzobispado encargado del manejo de los conventos de monjas). Extrañamente, el vicario (medio hermano del famoso historiador Lucas Alamán) murió justamente durante esta visita. El borrador indicaba el procedimiento que se seguía y el testimonio de las monjas, cada quien se presentaba a solas a la reja para conversar en privado con el vicario. De estas conversaciones salieron evidencias de cierta descomposición dentro del convento: amistades demasiado cercanas o enemistades declaradas, ambas incompatibles con el ideal monástico. Tuve el atrevimiento de mencionar este documento en mi tesis doctoral, lo que provocó la indignación de una sinodal, benefactora ella misma de conventos de monjas, que rechazó

terminantemente el aparente hecho de una comunidad que no alcanzaba a apegarse a su regla. El regaño fue tan desagradable que nunca publiqué la tesis.

El libro, también producto de la documentación del Archivo General de la Nación, se basó en ramos sin índice en aquél entonces. Había una gran confusión entre “Justicia y Negocios Eclesiásticos”, “Negocios Eclesiásticos” y “Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública”. Si dejaba pasar demasiado tiempo entre una visita y otra, los empleados (sobre todo si eran nuevos) negaban la existencia de uno de estos tres. En parte, tardé tanto en publicar el libro por la pretensión de regresar al Archivo y ubicar ya en el catálogo los documentos que había utilizado. Opté finalmente por quedarme con unas notas a pie bastante inútiles (“en proceso de catalogación”) que equivalía a decir que nadie, incluyéndome a mí misma, los volvería a encontrar.

La enorme riqueza archivística de México hace que estos pocos incidentes, al lado de los años transcurridos en los archivos bien atendidos, carezcan de importancia. Son recuerdos de una larga vida profesional, que en el momento causaron disgustos o rabietas, pero vistos a distancia, más bien llevan a sonreír y a agradecer las facilidades de la consulta actual.

Referências bibliográficas

MARTÍNEZ, Bernardo García. José Miranda, la huella. *Boletín Editorial de El Colegio de México*, n. 158, p. 9-11, jul./ago. 2012.

Recebido em 15/2/2013

Aprovado em 28/2/2013